

VA para veinte años que inicié los trabajos que llevaron a

LAS CLASES MEDIAS

Nosotros no tenemos un Saragat, sino un par de docenas de imitadores. Ahora

la creación de la Comisión Nacional de Clases Medias, al primer Congreso dedicado a ellas y a nuestra participación en el Instituto Internacional de Clases Medias. Como las ideas de «centro» y de «reforma», y congruente con ellas, pocos me negarán el haber despertado el interés por una cuestión que es fundamental para el presente y el futuro de nuestro país.

Es indudable que uno de los hechos más importantes que se han producido en España, en el último cuarto de siglo, es la expansión de las clases medias. En los años treinta su banda era aún muy estrecha. Hoy debe rebasar la mitad de nuestra sociedad; fenómeno decisivo, pues ahí comienza para un país la posibilidad de un modelo civilizado de política.

Ahora que todo el mundo quiere ocupar el centro del espectro político, también son muchos los que se dirigen a las clases medias. Hemos podido leer estos días la original opinión de que, en el fondo, los banqueros y los comunistas son igualmente malos para ellos. Pero lo cierto es que en Rusia y en China no hay clases medias, y en cambio en los países occidentales hay a la vez banqueros y clases medias.

Vamos, pues, a intentar hablar en serio. Las clases medias son, en España, la creación de la más reciente etapa de la vida española. En ella se dieron las circunstancias que las hacen posibles: extensión del sistema educativo, sistema económico basado en la libre empresa, posibilidad de creación de gran número de empresas medianas y pequeñas, expansión de las burocracias públicas y privadas, desarrollo del sector servicios, posibilidad de ahorro intensivo.

Lo que hace falta es que dichas condiciones subsistan y se amplíen; mejor dicho, que se mantengan también las precondiciones que las hacen posibles. Porque es necesario que previamente el país viva en paz, con orden y respetando la Ley; que tenga fe en su futuro; que haya una moral aceptada por todos que haga interesante la práctica, siempre difícil, de la seriedad y de la honradez, y así sucesivamente.

Las clases medias son un producto típico de épocas pacíficas y de progreso económico. Inglaterra y Francia las produjeron en el siglo XVIII; otros lo hicieron en el XIX; España, salvo núcleos pequeños en las ciudades mercantiles, como Barcelona y Cádiz, sólo lo logró en el siglo XX. Pero las clases medias suponen no sólo un determinado pasar económico; suponen, también, una ética, un estilo, unos modos.

El peor enemigo de las clases medias, en lo económico, es la inflación. Lo que ocurrió en la Alemania de los años 20 y 30 es el ejemplo más claro: las clases medias se vieron destruidas, desclásadas, y aceptaron a Hitler. El peor enemigo espiritual de las clases medias es la pérdida de su moral específica, cen-

trada en torno a la familia y a la educación cuidada de los hijos para que sigan ascendiendo.

Ya sé que a esta moral algunos la desprecian, como a una hipócrita «moralina» pequeño-burguesa. Cuando una familia exhibe sus escándalos, y cuando no preocupa el impago de una letra, la clase media ya es otra cosa. Si además la inflación destruye sus ahorros, todo puede verse en un peligro grave.

La Historia no suele caminar hacia atrás y es evidente que no volveremos a ver el mundo de nuestros padres. Pero desde Aristóteles sabemos que hay épocas de moral firme y otras de costumbres relajadas, y que hay periodos de enfrentamiento de ricos y pobres, y otros en que se logra un pasar mínimo para la mayoría, con predominio de las clases medias. Corremos grave peligro de perder nuestra oportunidad de consolidar nuestras clases medias, uno de los grandes éxitos de nuestro tiempo.

Las clases medias tienen que resistir, por su parte, algunas tentaciones. Una muy importante es la de abandonarse intelectualmente. Hay que leer y reflexionar más. Hoy se venden más libros, pero la mayoría son libros fáciles, que le ahorran a uno pensar; son una prolongación de los medios audiovisuales. La clase media se hizo junto a sus bibliotecas liberales. Hay que volver a los orígenes.

Otra tentación es el consumismo y la especulación. Las clases medias se hicieron de austeros empresarios y funcionarios ejemplares. El tiempo nos va a obligar a ello, de todos modos; es bueno saber que nos conviene volver a una ética social de mayor ejemplaridad.

Tentación no menos grave es la fuga hacia la izquierda. Hoy se tienden muchos señuelos en torno a la más confusa de las divisas de nuestra arena política: la socialdemocracia. Todos sabemos lo que es un socialismo democrático y no marxista, como el inglés o el alemán. Una cosa distinta de esto no existe más que en Italia, país lleno de especialistas en vender «aire frito».

bien, lo que no existe es un programa ni unos seguidores. Las clases medias deben saber que ése no es su terreno que exige seguridad económica, estabilidad social y continuidad política.

Las clases medias deben unirse en torno a una política de la mediana y pequeña empresa, por una parte (que requeriría un Ministerio especial); y, por otra, en torno a una política de los cuadros administrativos de todo linaje. (Estado, corporaciones, empresas.) El pequeño empresario y el funcionario medio, unidos al agricultor de extensiones pequeñas y medias, son la base del país; son su esencia, su calidad, su orientación.

Existe en nuestro país un «nueva clase», de bastante cuidado, que da las voces en un sitio y pone los huevos en otro. Viven como capitalistas, en sus puestos de asesores (sin responsabilidad) de grandes empresas, y en sus saneados ingresos de sociedades que hacen brillantes estudios de «consulting» para administraciones públicas y privadas. Hablan como socialistas y pregonan diversos grados de nacionalización y de modelos; algunos llegan hasta el mismo comité ejecutivo del «Partido Comunista». Su actitud constituye la negación máxima y el desafío más falaz a nuestras verdaderas clases medias. Niegan su moral, su seriedad y su porvenir. Debemos hablar claro: son su misma antítesis y quienes están desorientando a sus hijos a través de una marxistización del sistema educativo.

Frente a unas y otras tentaciones, las clases medias de nuestra España deben tomar una actitud clara. ¿Qué España queremos cara al año 2000? Yo pienso que no la queremos marxista, sino socialmente más justa; no la queremos más burocratizada, sino más eficiente y más libre; no la queremos más inmoral ni más materialista, sino con superiores niveles de ética personal y social, y de responsabilidad. Pienso que la deseamos respetuosa con los valores religiosos, sin integristas ni gachos; abierta a todo lo que sea modernización, pero sin polución; congruente, en fin, con lo que han pensado y sentido siempre nuestras clases medias.

Para lograr el mantenimiento de sus valores y de sus intereses, las clases medias deben abandonar su pasividad y actuar de modo enérgico y unido. Deben utilizar todo tipo de instrumentos, como las asociaciones de empresarios, y negárselos a los enemigos, lo que es urgente en los colegios profesionales y en las asociaciones de funcionarios. De no aprovechar la ocasión vendrá la «nueva clase» a quitárselos definitivamente.

Sería una gran pérdida para un país que, por fin, ha adquirido este volante de estabilidad y de progreso, sus nuevas y brillantes clases medias.

Manuel FRAGA IRIBARNE